

ra como una atmósfera religiosa, en la que nacieran y crecieran los niños que nosotros instruímos; si la Religión, por vuestro medio, formara las costumbres de las clases que dirigen, y con ellas penetrara dulcemente por todas partes, y llegara hasta las leyes mismas? ¿No podríamos entonces responder á vuestras legítimas impaciencias, hablar al pueblo, y reconquistarle para el Evangelio? ¿No se verían reproducirse las maravillas de la conversión del mundo, y no se manifestaría el poder del cristianismo, proporcionado á la santidad de su doctrina, y á la de gran número de sus miembros? Por mi parte, no lo dudo un momento. Pero no se encuentran ciertamente en estas condiciones aquellos, á quienes dais el encargo de trabajar por vosotros en la obra, que debería ser común. Vuestro ejemplo es el principal escollo en que viene á estrellarse la fe de los sencillos; vuestro concurso es percoso, desdenoso, intermitente; le limitáis á la limosna, y aun ésta la dais con una mano avara, cuando se trata, no de vestir y alimentar al pobre, sino de sostener las obras, cuyo objeto es precisamente el que con instancia nos excitáis á seguir. Reducidos, por falta vuestra, á un trabajo aislado, con medios insuficientes, con una acción que carece de prestigio y de crédito, ¿qué podemos hacer? Tomar las almas una por una, y aplicarlas los remedios divinos, cuyo secreto nos ha revelado Jesucristo. Esto es lo que hacemos, sin desánimos, es verdad; pero también es preciso decirlo, sin albricar grandes esperanzas. Este procedimiento pudo servir, en efecto, una vez para conquistar el mundo: es cierto, que los Apóstoles contaban con menos apoyo en la sociedad, á la que trataban de convertir; pero el genero humano no había abusado todavía de su fe; la verdad y la gracia caían como un rocío del cielo, sobre una tierra mancillada por todos los crímenes y todas las afrentas, pero no herida aún por la maldición de la apostasía. Dios no se repite en su obra. Crea los medios, y de ellos se sirve, por más que no los necesite para obrar. La sociedad cristiana, ocupando el lugar del mundo pagano,

es una creación de su Omnipotencia; y el concurso de todas las fuerzas vivas de la sociedad, para conservar, aumentar y transmitir el tesoro de la civilización cristiana, es el medio escogido por su Providencia. Si la sociedad no cumple con su misión, y se separa por sí misma de los campos de la salvación, ¿con qué derecho podrá culpar á la Iglesia de que no la salva á pesar suyo?

No, no, *conservadores*; es preciso que lo sepáis. Si no trabajáis con nosotros, y como nosotros, no esperéis nada de nuestros esfuerzos. No quiero decir con esto, que sean estériles, pues llevarán muchas almas al cielo; sino que no aprovecharán para vuestros intereses temporales, inseparables, por mucho que digais, de vuestros intereses eternos. Es una gloria para la Religión, no prestarse á hacerlos el mezquino servicio que os limitáis á pedirle. Dadle también vuestras almas, para que las cure, y lo demás lo recibireis por añadidura. En tanto que la sociedad nos llama, nosotros nos ocuparemos sin descanso, en retirar individuos del abismo. No consideramos nuestro tiempo ni nuestro trabajo perdido; creemos, que el alma de un niño vale muchos años de fatiga; nos entregaremos á la tarea sin mirar nuestras fuerzas; y si la tristeza asalta á nuestros corazones, al ver cómo se sustrae la multitud de nuestra influencia, no nos faltarán consuelos. Nos diremos á nosotros mismos, que lo que Dios nos pide, no son resultados, sino esfuerzos; que Él solo es el juez de estos resultados, puesto que se trata, ante todo, de resultados eternos; y, por último, que es el destino del apóstol sembrar entre lágrimas, y morir sin haber visto la cosecha, que otros, después de él, recogerán en medio de la alegría.

Si penetrando á través de estos consoladores pensamientos de la fe, hace llegar la voz excepcional del egoísmo hasta nosotros, una interrogación sarcástica sobre el fruto de nuestras fatigas, responderemos al egoísmo, que, encargados por Dios de combatirle, no tenemos que apresurarnos á rendirle cuenta.

UNA EQUIVOCACION.

La sociedad, agobiada con el peso de una gran equivocación, corre á pasos agigantados hácia su ruina, creyendo, que puede salvarse el orden social, sin que nadie piense en la salvación de su alma. El único gobierno que conocía en todo su valor el precio de las almas, ora en relación con Dios, ora en sus relaciones con la sociedad, no existe ya; por consiguiente, ya no hay conciencia privada, ni conciencia pública: títulos que no se cotizan en la Bolsa.

Empero se reconoce instintivamente, que sin esos títulos, el edificio se desploma; y esto explica el terror que reina en el fondo de la política actual. Todo el mundo se arma, y nadie quiere la guerra; todo el mundo suspira por la paz, y nadie cree en ella. La guerra, ó la paz, son igualmente pavorosas; porque la paz, con los enormes armamentos, y sin poder fijarles un límite, significa la bancarrota y la ruina, dentro de cierto tiempo; y la guerra, es la ruina de otra manera, probablemente en un período más breve.

En el fondo del cuadro, y como para poner mas en relieve esta primera perspectiva, tan poco halagüeña, se descubre, en último término, una nube oscura: la barbarie conocida con el nombre de socialismo, con sus tinieblas sangrientas, y que amenaza aprovecharse igualmente de la paz, ó de la guerra, para imponernos á todos su yugo feroz.

En esa situación, tan espantosa, es natural, que del seno de todos los partidos, se levante un grito de alarma contra los malos gobiernos: todos los ojos lo repiten en efecto; por eso vemos, que esos malos gobiernos nacen y desaparecen con veriginosa rapidez. Y sin embargo, la situación no mejora; á un ministro detestado, sucede otro ministro, á los pocos días, detestable: cae éste, y su caída produce una crónica inestabilidad en el mal. Pero el mal, arraigado con esta

inestabilidad, lejos de curarse, hace visibles progresos.

¿No sería más razonable, que cada uno, examinando su conciencia, se preguntase, si los malos gobiernos son, ó no, el resultado del menoscabo de la conciencia nacional, de haber los pueblos abandonado las verdades absolutamente necesarias para su bienestar, del enfriamiento en la fe, base única de todo orden social?

La estadística oficial atribuye á Italia veinte y siete millones de habitantes, en cuya suma; figuran solo algunos centenares de miles de judíos ó protestantes: luego, si todos los demás fuesen verdaderos católicos, resultamente adictos á las enseñanzas del Papa, ¿sería posible la serie de malos gobiernos, que la generación actual está sufriendo? Valdría la pena que se reflexionara un poco acerca de este punto.

Si la secta anticristiana hubiese solo contado con el apoyo de nueve ministros, quinientos diputados, y doscientos senadores, ¿hubiera podido ella disponer á su placer de la suerte de Italia? ¿hubiera podido privarnos de nuestra joya más preciosa, arrancarnos el tesoro que la Providencia nos había confiado, y transformar á Roma, sede y centro de la cristiandad, en Legia modelo, y en templo del Anticristo? ¿Quién se hallaba en la brecha de la Puerta Pia, el día 30 de Setiembre? El Papa, con un puñado de héroes, que habían venido de todas las partes del mundo, voluntarios de Cristo, y que Cristo ha querido contar. ¿Dónde estaban los veinte y siete millones de habitantes en ese día lugubre?

La conciliación entre Dios y Belial, contra la cual Pio IX ha protestado, con una firmeza y constancia dignas del sucesor de S. Pedro, era cosa realizada, desde mucho tiempo, en muchos corazones. Nos hallamos

en los tiempos previstos por S. Pablo, tiempos funestos, en que los cristianos tendrán comenzo de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones: cerrarán sus oídos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas.»

Mientras que la mentira encontraba por doquiera propagadores ardientes, audaces, infaligables, las verdades eternas apenas contaban con algunos defensores: dejábase el cuidado de combatir en pro del Vicario de Jesucristo, á los obispos, al clero, diciendo: «eso es negocio suyo, y no nuestro: nosotros, que hemos de vivir en el siglo, debemos contemporizar con sus exigencias. Procuraremos, sin embargo, vivir en nuestras casas como cristianos, y no desertaremos de las Iglesias; pero, en la vida pública, estaremos con el mundo moderno: el progreso así lo ordena.»

Si el cristianismo pudiera aceptar el egoísmo, ese arreglo de conciencia fuera inmejorable; pero exigiendo la religion de Cristo, que es todo amor, que vivamos estrechamente unidos en lazo fraternal, si se falta á esa ley, nadie se salva á sí mismo, ni salva el orden social. Error grave es, y que solo podia generalizarse en épocas de muy poca fé, el creer, que solo los eclesiásticos ejercen cura de almas. Cualquiera cristiano, eclesiástico ó laico, será juzgado por lo que habrá edificado á su alrededor, y por el escándalo que haya dado.

No solo al clero, sino á todos los creyentes alentaba S. Agustín con estas palabras: *animam salvasti, animam tuam precipitasti*; S. Dionisio Areopagita y S. Gregorio, no exhortaban solamente á los ministros del culto á ganar almas para Dios, asegurándoles que esta ocupación era la más hermosa ofrenda que pudieran ofrecer á su Criador, sino que esos maestros de Israel dirigían también á los fieles sus calurosas recomendaciones.

Dios, dotando al hombre del libre albedrío—tan precioso, puesto que es el título que pone la virtud en posesión de la bienaventuranza eterna; y tan terrible, pues por él se infligen suplicios eternos al vicio—le otorgó el derecho de perderse. Por esto, el

género humano ha experimentado la necesidad de organizarse en sociedad, para impedir, que el abuso del libre arbitrio individual, arrastrase consigo á la perdición todo el orden social. Y no hay organización social, que merezca el título de civilizada, que no responda á esta necesidad. La sociedad cristiana es la más perfecta de las sociedades, para que ese objeto supremo no quede abandonado al capricho de los hombres: la Iglesia, maestra infalible, posee y enseña á los pueblos los preceptos, sin cuya observancia no se salvan los individuos ni las naciones.

El primero y más esencial de esos preceptos—el que los resume todos—es la caridad; y se falta á la caridad para con Dios y para con el prójimo, cuando se deja por un solo momento de obrar el bien y de combatir el mal. Nadie puede sustraerse de esta obligación. Hay, pues, una solidaridad indestructible, entre la salvación de los hombres, y la salvación de las naciones.

Desde que la caridad se ha enfriado de tal manera, el número de propagadores de la mentira, ha llegado á ser superior al de los defensores de la verdad; desde que la secta ha conseguido persuadir á un considerable número de católicos, que pueden tributar culto á Dios en privado, y enarbolar, en cierto modo, el estandarte de la neutralidad en el combate empeñado, entre la Iglesia y sus enemigos; desde que ha podido generalizar la paradoja, que la misma religion, cuyo principal objeto es la felicidad eterna de las almas, puede llegar á ser inútil, y aun perjudicial á la felicidad de los pueblos; la sociedad se encamina hacia el abismo. Es indudable, que los gobiernos que nos ha impuesto la secta, han dado el principal impulso; pero los pueblos ¡han hecho todo cuanto les era posible, para no profanar la vergonzosa humillación, de vivir sometidos á tales gobiernos?

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 28 de Octubre 1874.)

FALLECIMIENTO DEL ARZOBISPO DE FLORENCIA EXMO. SEÑOR JOAQUIN LIMBERTI.

A orillas del lago de Lecco—adonde me habia trasladado en busca de eficaces remedios, precisos al restablecimiento de mi salud—el anuncio de la inesperada muerte del venerable arzobispo de Florencia, ha venido á herirme como un rayo. De cuantas personas me rodeaban, ninguna se atrevió á participarme tan dolorosa nueva: la supe por el *Journal de Florence*: una orla negra le rodeaba; deshicé tembloroso su faja; mi imaginación vagaba por los espacios de lo infinito, buscando la causa de aquel funebre aparato; cuando mi vista recorrió la primera página, el nombre de Joaquin Limberti... ¡ah! ¡cuan lejos estaba yo de la triste realidad! Dejé caer el diario, me senté sobre ruinas—restos de antiguos monumentos de que la Italia por do quiera está sembrada—y di libre curso á mis lágrimas.

No sé como fué, que, en aquella hora solemne, una conversacion que habia tenido algunos meses há con mi digno maestro y pastor en Israel, se representara clara y distinta á mi trastornada imaginación:

«Hijo mío, me habia dicho: yo esperaba en el triunfo próximo, inmediato de la Iglesia, como muchos otros; pero la lectura de vuestras obras, acerca de los actuales tiempos, y sobre la secta anticristiana, me ha convertido á vuestras ideas: para la restauración del edificio social cristiano es preciso un milagro; y este milagro debemos merecerlo: hacemos muy poco, para que Dios haga mucho por nosotros. La sola misericordia, que el Todopoderoso puede otorgarnos, es la de someternos á los rigores de su justicia. Pasando por la puerta de los castigos, es como entraremos en el reino de la fé.

Una observacion particular me confirma todavía mas en las convicciones de que vos me habeis hecho partícipe; siento el dolor de ver á numerosos levitas, y cooperadores míos en la viña del Señor, partir para el cielo, en el vigor de su edad, muchos, hasta en la flor de su juventud. La muerte viene así á arrebatár á mi diócesis sus mejores sacerdotes, en el momento mismo en que yo creía poder contar con su celosa cooperacion y con el ejemplo de sus virtudes sacerdotales, aun por algunos años. Me parece entrever en ese fenómeno, que tanto me entristece, una disposicion particular de la Providencia: ella se complace en arrancar de esta tierra, en adelante indigna de conservar, ciertas lozanas flores, ya en disposicion de ser trasladadas á la bienaventuranza eterna. Veo en este hecho una doble significacion: la colera de Dios, que abandona cada vez mas el mundo al imperio de Satanás; y su misericordia, que se complace en apresurar las celestes recompensas á sus elegidos. Si mi tristeza, por todas esas pérdidas, no me ofendiera, mi consuelo no lo es ménos: esas santos ministros del Eterno, han sido sustraídos á los peligros de una existencia, que se hace de día en día mas borrascosa.»

¿Quién me hubiera dicho entonces, que con esas palabras, el digno prelado depositaba en mi un precioso estuche, en donde hallaría la verdadera joya, propia para enjugar mis ojos húmedos por el llanto de su pérdida? Y sin embargo, allí, en el mismo manantial, en que él buscaba un alivio á sus punzantes dolores, es de donde yo he sacado la fuerza para sometarme á la voluntad de